

TÍTULO: POR LA ESPAÑA PROFUNDA

PSEUDÓNIMO: Carpeto Vetónico

Las mozas cotejaban los ejemplos reales de la fulana o la mengana, desposada hacía poco, avejentada sin garantías de recuperación, la mocedad anquilosada entre tocas y sayas de crudillo, amoldándose a la anatomía destrozada de sus predecesoras, marchitas sus caritas de rosa, las piernas atrayentes de otrora cubiertas con medias para tapar las cabrillas y las deformidades, los envidiados pechos virginales transformados en ubres de matrona cincuentona, los vientres redondeados por criaturas de ir y venir, sin coto a la descendencia, los hijos son un regalo del Señor, pero sin pan bajo el brazo, quizás haya suerte si van saliendo bien, si no se doblan con la polio o salen mongólicos, si no se mueren en cuanto ya están desculados o se los lleva algún cólico miserere, no lo quiera Dios ni la Purísima Concepción; sus vidas atrancadas, abatidas por la sumisión a los avatares de la existencia allí, condenadas a no tener otro significado, posiblemente la siguiente progenie obtenga la dicha que a ellas les faltó y consigan independizarse, consolidar las esperanzas frustradas de sus antecesoras, de la tierra, de la nación...

Las mozas. En el otro platillo de la balanza el trampantojo canicular de la fulanita y la menganita, esbeltas, delgaditas, cinturas de avispa, maquilladas, sus faldas de tubo remarcando las excelencias que encabritan el seso y que quitan el hipo, hacen volver cabezas a su paso y provocan silbidos y piropos de admiración en la sección masculina del lugar y denteras y comparaciones vulpinas en la femenina, escotes tremendos para asomo de osados sujetadores insuficientes, cada verano un acompañante distinto con quién compartir sobeteos por los andurriales y pasión gatuna en la fonda de la Paca, que se alborota hasta el Santísimo Cristo de la ruidera que arman, ellas fumando Lucki Strike con la izquierda y coronando las boquillas de los pitillos con una amplia marca de chori bermellón, las uñas pintadas y puntiagudas, ellos rubios, bronceados, el pelo planchado con tanta gomina, derrochando duros a diestro y siniestro, en coches grandes o descapotables americanos, un Chevrolet rojo chillón con tapicería de cuero blanco y volante de camión las pasadas fiestas, en las muñecas Certinas de oro o gruesos nomeolvides de plata con su nombre grabado, trajes de lino con dobladillo en los pantalones y camisas de seda desabotonadas; a los hombres se les hace lo que a los limones, los exprimes, dejás que te apaguen los calentones

y luego tiras los restos al saco de los desperdicios, siempre hay desesperados que se arrastran tras unas caderas insinuantes y mojigatos que van a la iglesia por acostarse con quién sea, que son unos pobrecitos ignorantes, así los he tenido yo y he dejado plantados a muchos que me querían encorsetar de blanco y sin una perra en el bolsillo, y de eso nada, mientras el tipo aguante y haya sujetos con money no me preocupo, cuando lleguen las arrugas, no le falta razón a tu padre, siempre habrá algún viejo chocho sobrado de millones y posición al que se le caiga la baba cuando me desnude delante sus narices y más en cuanto pruebe el agua de la fuente, aunque a gotas, mucho te quiero perrito pero pan poquito, el manantial para los amantes, que se lleva mucho y da cachet, algo así como importancia en franchute. Te lo digo yo, una amiga que te quiere bien, que la vida me ha enseñado a vivir así y a aprovecharme de lo que tengo.

La realidad indeseada de las mozas, posiblemente algún familiar de la capital o de otra ciudad sepa de casas donde servir y ser enviadas lejos a trabajar de fámulas, vestir uniforme con cofia y decir a todas horas sí señor y sí señora a tacañones la mar de pedantes y malintencionados, hacerse las duras ante los señoritos encelados y ceder al fin a consecuencia de unos duros extras o amenazas de expulsión por ladrona; casarse con otro pobre desgraciado, a ser posible funcionario y con piso de sindicatos, y disimular que vamos tirando con los dos sueldecitos, el amor huido por la ventana antes de que el hambre entre por la puerta; la posibilidad remota de escapar y conseguir una cultura que les arranque el remoquete de palurdas y desaparezca de ese modo el deje y las vulgaridades, acordarse del pueblo pero no regresar, consentir que los años destruyan las retentivas aciagas, alargar la correspondencia, los contactos, en tres palabras: abjurar del pasado.

En cualquier lugar de la España profunda, a mediados de la centuria anterior.